

MANIFIESTO XXII ROSARIO UNIVERSAL

Comenzamos un nuevo mes de noviembre con el Santo Rosario en la mano. Católicos de todo el mundo, unidos en una misma batalla espiritual. Sabemos que, por encima de todos los males que amenazan al orbe, hay uno que los resume y los agrava: la pérdida de la Fe, el eclipse de Dios en el corazón de los hombres.

Mientras el Creador es borrado del horizonte, los lobos con piel de cordero nos susurran que la Fe debe guardarse en silencio, que no tiene lugar en la vida pública. Pero mientras nos piden que ocultemos a Cristo, se exalta sin pudor el mal, el pecado y la mentira. Se persigue lo sagrado y se celebra lo profano. Se arrebata a Dios del alma de los pueblos, y en su ausencia, el vacío se llena con las sombras.

Lo vemos en estos días, en los que se normaliza la burla a lo santo, se visten los niños de demonios y se trivializa lo infernal. No hay neutralidad cuando se expulsa a Dios. Allí donde se silencia la Verdad, el enemigo toma posiciones. Y muchas veces, tristemente, con la colaboración inconsciente de quienes deberían resistir.

Nos encontramos, como decía San Agustín, ante el combate entre las dos ciudades: la Ciudad de Dios y la ciudad del hombre que se gloria de sí misma. Esta lucha no cesará, sino que se intensificará con el paso del tiempo. No estamos llamados a la comodidad ni al disimulo, sino a la firmeza y la claridad. Frente a la tibieza, decisión. Frente a la confusión, luz. Frente al mal, fidelidad absoluta a Cristo.

Por eso salimos al espacio público con el Rosario en alto. No para pedir permiso, sino para dar testimonio. Para proclamar que Dios no ha muerto, que María sigue protegiendo a sus hijos, y que el poder del mal jamás prevalecerá sobre quienes confian en el Señor.

Rezamos con convicción, no con miedo. Sabemos de quién somos y a quién servimos. Nuestra arma es la oración, nuestro escudo es la Verdad, nuestro estandarte es la Cruz.

Sigamos adelante. Sin un paso atrás.

Firmes en la Fe.

Sirviendo a María.

Defendiendo la Verdad.

Con el Rosario.

Confiado plenamente en la oración.

Porque quien tiene a Cristo por Rey, no se arrodilla ante el mundo.

¡VIVA CRISTO REY!
¡VIVA LA SANTÍSIMA VIRGEN!